

Lo que sea de cada quien

Oraciones para Miguel Ángel Granados Chapa

Vicente Leñero

En aquellos años, Miguel Ángel Granados Chapa era un hombre creyente, incluso coqueteó alguna vez con la democracia cristiana. Parco para hablar del tema, celoso de su intimidad, conversábamos de religión con el forzoso anticlericalismo —el poder de los curas, la jerarquía eclesiástica ciega, el Vaticano como empresa—, habitual en los creyentes comprometidos.

Luego de que se apartó de *Proceso* su puse que había roto con la fe. Lo deduje cuando se lo pregunté al dominico Tomás Gerardo Allaz, el único que había urgado su conciencia. Allaz no respondió pero castigó mi imprudencia con el pico de su mirada.

Miguel Ángel y yo dejamos de vernos. A veces Estela y yo lo encontrábamos por ahí. Estela simpatizaba con Isabel, su primera mujer, y recordaba los tiempos dolorosos de la crisis de *Excélsior*. Lo admiraba, lo quería. Y se lo dijo: te sigo queriendo igual, Miguel Ángel. Él se sonrojó mientras buscaba cómo evadirse.

Pasaron muchos años. Nuestros encuentros seguían siendo fortuitos aunque yo lo mantenía presente en su programa de Radio UNAM, en sus artículos de *Reforma* y de *Proceso*. La fama lo encumbró.

Un mediodía de 2007, en el restaurante Costa Vasca de la colonia Nápoles, los de la editorial Random House convocaron a un grupo de periodistas para ser jurados de un concurso de libro periodístico que se publicaría en la colección Debate: Carmen Aristegui, Jorge Zepeda Patterson, Juan Villoro, Miguel Ángel Granados Chapa... Primero se daría la discusión, luego la comida.

Tardaban en llegar Cristóbal Pera y Andrés Ramírez, los editores de Random House. Se retrasaba también Miguel Ángel.

Llegaron por fin los tres, casi al mismo tiempo.

Vestía de gris como siempre: traje de dos botones, corbata brillante. Me sorprendió sin embargo verlo tan delgado, bajito y barrigón como era. La cara arrugada, los ojos sin brillo.

—Adelgazaste, Miguel Ángel —le dije en voz alta, con aire festivo—. ¿Por estética o por enfermedad?

—Tengo cáncer —respondió también en voz alta, seco, y fue a ubicarse en el lugar más extremo de la mesa.

La sorpresa me sacudió. Nada dijo nadie. Se hizo un silencio de tumba.

Entonces empezó a hablar Cristóbal Pera sobre el concurso del libro periodístico: les darían una iguala mensual a los seleccionados. Sobrevinieron las discusiones, los razonamientos de Aristegui, de Zepeda, de Villoro. Empezamos a comer.

Antes de llegar al postre Miguel Ángel se levantó alegando un compromiso urgente. Se despidió de todos sacudiendo una mano de lejecitos.

Lo alcancé apuradamente en la banqueta del Costa Vasca. Lo detuve.

—Estoy impresionado, Miguel Ángel. No sabía.

—Así están las cosas.

—¿Qué tan grave es tu cáncer?

—El gastroenterólogo me dice que me opere, el oncólogo que no.

—¿Y qué vas a hacer?

—Todavía no he tomado una decisión. Lo estoy pensando.

—Lo que quieras de mí, Miguel Ángel, lo que necesites.

—Gracias.

—Apoyo moral, compañía, dinero, oraciones...

—Gracias —sonrió.

Se dio media vuelta para dirigirse a la esquina donde un auto lo esperaba. Se detuvo después del primer paso. Giró.

—Oraciones está bien —dijo.

Volvió a caminar. Volvió a girar.

—Oraciones de Estela —clavó el índice en el entrecejo de los anteojos—. Díselo, por favor.

—Qué, ¿las mías no sirven? —sonreí.

Nos encontramos de nuevo, frecuentemente, en las sesiones de la Academia Mexicana de la Lengua, los jueves. Él llegaba cargando una llanta-cojín y se sentaba sobre ella en su silla veintinueve junto a Margo Glantz. Se comportaba serio pero amable con todos. Participaba con naturalidad, puntilloso según su costumbre. A mí me hizo el honor de responder a mi discurso de ingreso. Solíamos conversar en los recesos de las asambleas mientras los demás salían al salón contiguo a comer bocadillos.

—¿Cómo vas?

—Batallando como los alcohólicos anónimos —trataba de sonreír—. El día a día. Sigo vivo.

Así transcurrieron semanas y meses. Te veo y no te veo, Miguel Ángel.

Hasta que ya no pudo más y se despidió de amigos y lectores al final de su última columna en el *Reforma*, en octubre de 2011. **U**

COMENTARIO DE RAQUEL TIBOL

La admirada y querida Raquel Tibol me hizo llegar un comentario al texto "Diego Rivera en Cuernavaca" publicado en esta sección en octubre, en el que me señala algunos errores. *Primero*: Las fechas en que Rivera pintó su mural en el Palacio de Cuernavaca están equivocadas. *Segundo*: Rivera no pudo vivir en la casa de la Calle de Humboldt que yo describo, y tampoco pudo pintar los bocetos a colores en la pared encajada. Diré, en mi descargo, que esa información me fue relatada por Lini M. de Vries tal como ella creía saberlo. Ofrezco disculpas tanto a Raquel como a los lectores.